

ficticias, como las actitudes teóricas—. Toda mi vida es incondicional e incondicionada. ¿Resultará ahora que bajo la especie de «razón pura» descubre Kant la razón vital?».

Y pasemos ahora a mi segunda impresión kantiana. Decía, que había leído muy poco a Kant; abrigaba serios prejuicios sobre su estilo de expositor enrevesado y oscuro, prejuicios justificados en mi caso, por no ser un profesional de la filosofía y sí, tan sólo, un modesto aficionado. Sin embargo, un día, empecé a hojear una de sus obras: «Introducción a la metafísica de las costumbres» traducida por García Morente. Y aquí, la gran sorpresa: desde el primer momento prendió en mí la atención. Escrita la obra en forma de ensayo, con extraordinaria nitidez y agilidad pude leerla casi de un tirón, y aún más, releerla y subrayarla con no

menos interés. El leit-motiv, por cierto reiteradísimo, era su ya clásica y conocida regla «obra de tal modo que la máxima de tu acción pueda convertirse en norma universal». La Ética de Kant, como todos sabemos, es un intento de autonomía, de independencia. Por eso, considera a las otras éticas como heterónomas, esto es, dependientes de determinados postulados. Pretende Kant que las normas morales no estén subordinadas a ninguna verdad previa (Dios, alma, «más allá»). El deber no debe perseguir la felicidad (terrena o ultraterrena), sino que, por el contrario, debe justificarse a sí mismo. Viene a ser algo así como la idea del honor; vemos que algunos hombres mueren por su honor, independientemente de todo fin utilitario o feliz, sin esperanza de un premio eterno por este sacrificio.

Indudablemente no estamos con Kant. Si despojamos a la moral de ciertas verdades metafísicas previas (Dios, inmortalidad del alma, etc.) e incluso de las de índole puramente material o terrena (armonía social), ¿qué nos queda?

Pero yo pregunto: ¿hasta qué punto, en ciertos sectores, podría ser beneficiosa la Ética de Kant? Hay estados de general escepticismo; hay hombres privados de intuición teológica; hay determinados ateos con cierta delicadeza espiritual; hay, y abundan, los que sin admitir un fin trascendente no caen, sin embargo, en extremos groseros de un crudo materialismo. ¿Podrían, los principios de Kant, inculcados y popularizados en especiales ambientes, llenar ese triste y angustioso vacío?

Jesús SANTOS

PONZOÑA

tentación

*espejos sin azogue
para mirar de cerca las palmeras
(las frutas más absurdas
en el antro resuenan)
que son un sueño ausente
como una lejanía
—contradicción es un pan blanco
y blando
para mi boca cada día—.*

pecado

*cuando miro al absintio
me invade de repente
loca amnesia,
y olvido por de pronto
que soy un pobre abstemio,
y tremente me inicio en el rito de espuma
y capitosa esencia
que lleva hasta el delirio incascente
bajo el signo fugaz
de esmeraldina luz
del embriagante gremio...*

Bogotá, Noviembre 1957.

HERNANDO COSTA

